

Novelas y no-velaciones: ensayos sobre algunos textos narrativos colombianos

Mauricio Vélez Upegui. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 1999.

Inusual en el medio encontrar un esfuerzo investigativo como el del académico Mauricio Vélez Upegui en su *Novela y no-velaciones: Ensayos sobre algunos textos narrativos colombianos*, de reciente aparición bajo el también nuevo fondo editorial de la Universidad Eafit.

El objeto de reflexión de Vélez se orienta a un conjunto de novelas representativas de la literatura colombiana desde *El carnero* (1636) de Juan Rodríguez Freile, pasando por *De sobremesa* (1896) de José Asunción Silva, hasta *El día del odio* (1962) de José Antonio Lizarazo, *Respirando el verano* (1962) de Héctor Rojas Herazo, *El hostigante verano de los dioses* (1977) de Fanny Buitrago, *La casa grande* (1962) de Álvaro Cepeda Samudio, *Tarde de verano* (1980) de Manuel Mejía Vallejo y *Asuntos para un hidalgo disoluto* (1994) de Héctor Abad Faciolince. En su estudio, Vélez se centra en lo que él llama un campo de problematicidad que en cada texto se define según su naturaleza y proyección discursiva. En ese acercamiento pretende, con gran rigor conceptual, desvelar parte de lo que dichos textos ocultan o mostrar en transparencia lo dicho por ellos a su manera, que es la forma de urdir un universo de presuposiciones.

Las ocho aproximaciones a estas novelas dejan de ser mera percepción intuitiva para convertirse en lectura sesuda, en ensayos críticos acompañados de un profundo conocimiento de la materia que se explora. Porque no basta ser buen lector para descubrir las múltiples realidades de un texto, es indispensable un bagaje cultural y la competencia teórica de la disciplina o disciplinas con las que se aborda el objeto de análisis textual. Y estas competencias las demuestra con amplitud el profesor Vélez en cada uno de los estudios textuales realizados. Y aunque acude para ello a modelos teóricos diferentes, sigue unos mismos parámetros de análisis metodológico, es decir, de construcción del instrumento crítico, porque previamente ha habido una deconstrucción del discurso de base. Para el examen de cada novela procede con el siguiente derrotero: un epígrafe que marca el derrotero de significación textual, un introito a la manera de los textos medievales, la formulación de una hipótesis a demostrar, una exposición teórica fundada en categorías metalingüísticas, el análisis en el que se da cuenta

de la hipótesis inicial y un epílogo que, más que finiquitar el problema, vuelve y lo abre a nuevos campos de reflexión siguiendo la propuesta de Eco de obra abierta y cerrada.

Inicia su texto con un análisis de *El carnero* de Rodríguez Freile terciando en la polémica de si esta es una novela, una crónica o un testimonio. Opta por la primera perspectiva y lo demuestra con los aportes de la pragmática de John Searle y Carlos Mignolo.

Con respecto a *De sobremesa* de Silva y desde la poética histórica de Bajtín, confirma que, además de la consabida estética modernista de la que participa, esta novela va más allá por su carácter dialogizante que pone en jaque una visión única y coherente del mundo. La novela de Silva es un texto especular, refractario, ambivalente.

En *El día del odio*, no es el tema de la violencia política y urbana la que interesa exclusivamente, porque es lectura primera y manifiesta. Desde la semiótica narrativa de Greimas, interpuesta por la lectura que de esa aproximación teórica hace Raúl Dorra, se preocupa por la estructuración de un espacio que se torna múltiple y complejo. Le interesa observar los efectos de los distintos trazados de significación que instauran los personajes.

Con el concepto de novela anticonvencional de Jacques Sauvage, muestra en *Respirando el verano* que el universo de sentido proviene de la construcción de un orden imaginario que en su modo aparential presume caótico y decadente, pero que no es más que el presupuesto del anuncio del fin de una manera de estar en el mundo y la urgencia de generar un orden nuevo.

El concepto de cuadrado semiótico, derivado de las investigaciones del Grupo de Entrevernes, sirve a Vélez para observar en *El hostigante verano de los dioses* de Fanny Buitrago la confluencia de elementos opuestos, contradictorios a veces y casi siempre complementarios según la perspectiva de enfoque. Con ese recurso metodológico y metalingüístico, pretende dar cuenta de la compleja estructuración discursiva de la novela que se urde y retuerce hasta morderse la cola.

Una historia, una época, un ámbito cultural y estético que se sincretizan en *La casa grande* bajo la perspicaz pluma crítica de un escritor como Álvaro Cepeda Samudio, son el motivo para que Vélez indague sobre el alcance de la visión del mundo que subyace en esa novela; visión que se halla mediatizada por un ordenamiento discursivo particular que deja ver no sólo las huellas de una estructura socio-discursiva dominante, sino una rica intertextualidad que pretende romper con esa supuesta hegemonía ideológica. El punto de arranque está dado

a partir de los conceptos de héroe problemático lukcasiano, de explicación, comprensión y visión de mundo del estructuralismo genético de Goldmann.

El pasado es la ilusión del presente y este lo configuran las voces del recuerdo que se tornan algarabía o polifonía, mediatizada por un discurso hecho memoria; quizá esto podría decirse de *Tarde de verano* de Mejía Vallejo. Las voces relatoras y memorizadoras de la novela son perfiladas teóricamente por Vélez con los aportes de la semiótica discursiva de Renato Prada Oropeza. Ese modelo sirve para entender con rigor el eco ilusorio del pasado que en Mejía se vuelve una especie de metafísica.

Tras la supuesta autobiografía novelada de Gaspar Medina, protagonista de *Asuntos para un hidalgo disoluto* de Héctor Abad Faciolince, Vélez pretende ver que, detrás del escepticismo y desparpajo del personaje, hay el desmoronamiento de una sociedad fundada en el arribismo social y económico y en la doble moral; igualmente es efecto sutil de un estado permanente de simulación y equívoca identidad porque nunca ha estado interesada en construir una. Pero además de ello y espejeando la naturaleza discursiva de la novela, observa una rica tradición hipotextual a lo Genette. Igualmente percibe la deuda fundacional de la picaresca española y la tradición provenzal del amor cortés tal como nos la hizo conocer Georges Duby en sus estudios sobre la Edad Media.

La dialogización bajtiniana es uno de los recursos articuladores utilizados por Vélez para abordar cada una de las novelas colombianas estudiadas. Dialogización entendida como la relación cómplice y necesaria que se da entre el crítico y el texto, relación que debe ser de por sí polémica, crítica, diagonal a veces, transversal otras, pero en ningún momento mimética ni epigonal. El otro articulador es el paradigma de la complejidad entendido como lo que vincula y distingue pero sin desunir y, también, el conjunto de principios, normas, orientaciones, apuestas abductivas, tanteos procedimentales que, en relación con el fenómeno multisignificativo de la cultura y la literatura, no tolera un abordaje reductivo, mecanicista y simplificador de dicho fenómeno.

Vélez realiza en este libro un novedoso ejercicio crítico para el medio, porque no sólo se aventura en las novelas citadas, sino también las emplaza, como igual hace con la crítica que las ha ido canonizando sin, a veces, el debido fundamento. Aunque sigue las propuestas teóricas y metodológicas de grandes pensadores contemporáneos, lo hace para demostrar una competencia y, sobre todo, para señalar que la literatura colombiana no puede ni debe ser ajena a estas propuestas; por el contrario, urge tal interlocución, tal contemporaneidad de pensamiento. Además, lejos está en él la epigonalidad, y esto lo corrobora su divertimento

metalingüístico, porque goza conceptualizando y creando neologismos, lo que en momentos va en detrimento de la claridad expositiva y el rigor sostenido en gran parte de los análisis. Eso hace que a veces se observe cierto hermetismo, determinados intrínquilis lingüísticos, a veces abalorios y fugas mentales que sólo los dioses y el autor saben hacia dónde apuntan.

Sin lugar a dudas este texto del profesor Mauricio Vélez Upegui es un texto valioso y único que reivindica el responsable y autónomo ejercicio crítico al que invitaban Adorno y Benjamin, sobre todo en un ámbito cultural que hace permanente esguince a este ejercicio.

Augusto Escobar Mesa
Maestría en Literatura Colombiana
Universidad de Antioquia